

enmarca oportunamente ese problemático periodo, en las dos herejías que condicionaron fuertemente la vida espiritual de la época: jansenismo y quietismo. Mientras la segunda —notablemente más amplia— estudia los frutos más positivos de la época, en una clasificación fundamentalmente temática; puede ser una opción acertada dada la naturaleza del periodo analizado, pero desentona con el esquema habitual en otros volúmenes y tiende a ocultar la trascendencia de las figuras más destacadas del periodo, como es el caso, sobre todo, de San Alfonso María de Ligorio.

J. Sesé

PASTORAL Y CATEQUESIS

Harold A. BUETOW, *Religion in Personal Development. An Analysis and a Prescription*, Peter Lang, New York 1991, XXV + 446 pp., 15,2 x 22,7.

El origen inmediato de este libro son las recientes discusiones en Estados Unidos acerca de la presencia de la religión en las escuelas públicas o privadas. Harold A. Buetow, Profesor emérito de la Universidad Católica de América en Washington, se propone en este libro demostrar la importancia decisiva que tiene la religión en la formación de la persona. El libro es una especie de apología de la enseñanza de la religión, escrita tanto para creyentes como para no creyentes, en un estilo claro y casi diríamos que periodístico, cargado de anécdotas y de referencias a sentencias judiciales de tribunales norteamericanos.

El autor comienza subrayando que la religión es un fenómeno que puede ser contemplado desde muy diversos puntos de vista y se propone ofrecer las principales perspectivas en torno a ella.

Con este fin, divide el libro —algo arbitrariamente— en antiguas y nuevas perspectivas sobre la religión. Entre las antiguas perspectivas —de las que se ocupa en la primer parte— figuran la filosofía —que trata muy sucintamente— y la historia de las religiones —donde estudia las religiones orientales, occidentales, y la historia de las religiones en Norteamérica—. Esta parte concluye destacando que «la religión y el desarrollo de la persona han ido unidas y ambas han fundado los códigos de conducta de las personas, así como los sistemas económicos, sociales y legales. Históricamente, la gente ha sobrevivido mientras sus tradiciones religiosas y su fe han permanecido firmes. La fe religiosa es una fuerza poderosa en cuya defensa la gente es capaz de morir» (p. 244).

A una conclusión similar le conduce el examen de lo que denomina *nuevas disciplinas*, es decir, la antropología, la sociología y la psicología. Tras evaluar las conclusiones obtenidas, el autor realiza una reflexión en el último Capítulo acerca de cómo podría en la práctica ser enseñada la religión en las escuelas tanto públicas como privadas.

El libro ofrece interés especialmente cuando se centra en la importancia de la religión en relación con la formación de la persona y, quizás, pueda ayudar en el actual debate español sobre la enseñanza de la religión en los nuevos planes de enseñanza. Sin embargo, es preciso apuntar que el análisis de la religión que en último término se defiende en el libro es un análisis funcionalista: la religión sería importante por el papel que juega en la sociedad. El peligro de estos análisis es que contemplan la religión desde fuera —sin preguntar al creyente, que es quien sabe acerca de su religión— y la reducen a su función social. No sería extraño entonces que, desde una mentalidad secularista, se propusiera una sustitución de la reli-

gión por algún otro tipo de intrucción que aparentemente pudiera cumplir esa función social.

F. Conesa

Antonio HORTELANO, *Nueva Evangelización. Ofrecer la Buena Nueva al hombre de hoy*, («Evangelización» n.º 97), ed. Perpetuo Socorro, Madrid 1991, 215 pp., 13 x 20,3.

La «nueva evangelización» continúa convocando la atención de muchos teólogos y pastoralistas, como en el caso del libro que ahora nos ocupa. La urgencia de la evangelización auspiciada por Juan Pablo II es recogida en este libro, una reflexión sobre las posibles tareas y formas pastorales en que podrían cuajar los esfuerzos de ofrecer la Buena Nueva al hombre de hoy. Este es el tema que aborda el autor, tras una introducción en que justifica la pertinencia de la «nueva evangelización». Hay que agradecer que el autor supere en este punto las polémicas, algo estériles, a las que la expresión suele abocar en algunos. Al margen de formulaciones lingüísticas, hoy existe una realidad nueva, individual y social, que está reclamando mayor incidencia del Evangelio.

El autor explica en breves capítulos la noción de evangelización, sus destinatarios; las expectativas que ha de asumir (vitales, sociales, escatológicas); el núcleo básico de la evangelización; la evangelización y su relación con la ética; con los pobres; la implantación cultural del Evangelio; las formas de evangelización y su metodología; y finalmente la comunidad evangelizadora, y el evangelizador en cuanto tal.

No se trata de una obra científica, o de diálogo teológico, sino más bien de una reflexión en voz alta, sobre los

aspectos más elementales de lo que es evangelizar. El contenido y temáticas reflejadas es, pues, muy amplio. Quizá sólo nos permitimos resaltar un punto —entre muchos otros— que nos parece de verdadera importancia en los momentos actuales.

El autor lo expone al hablar de un cierto «vitalismo» que puede dar al traste con los esfuerzos evangelizadores: «se puede correr el riesgo de colocar los valores vitales de la predicación por encima de los valores cognoscitivos, si no en teoría, sí, por lo menos, en la práctica. Como actualmente el influjo de la razón en el pueblo se ha reducido al mínimo, y como el hombre de hoy se deja arrastrar más por los impulsos vitales que por los de índole racional, existe el peligro de que los argumentos teológicos sean poco estimados en la predicación y hasta positivamente despreciados. Esto puede mover al predicador a servirse de métodos más o menos demagógicos (...). Este género de predicación se rige por el *pathos* y no por el *logos*» (pp. 46-47).

Los valores vitales tienen su lugar en la existencia cristiana; pero concordamos con el autor en que su abuso, en algunos momentos se ha dado —a nivel catequético o predicación en general—, puede llevar a un vaciamiento intelectual de la fe, con la correspondiente crisis intelectual —puesto que las exigencias racionales del ser humano reclaman sus derechos—, o bien, en el mejor de los casos, abocando una inmadurez fideísta, patente en muchos creyentes que se sostienen bajo el influjo —siempre frágil— del sentimiento, pero incapacitados para dar razón de su esperanza a quien lo pidiera. No se puede obviar la dimensión intelectual de la fe. Nos parece que el autor señala aquí un punto del que habría que tomar buena nota.

El libro tiene una redacción sencilla y comprensible; más aseverativa que